

Creyente pero no religioso

„Yo soy creyente, sé que Jesús está siempre conmigo. Pero sin religión, solamente Jesús...el universo...” Lo oí de una señora que, apenas conocerla y sin ningún preámbulo, con esta corta frase (para mí algo confusa) confesó su creencia.

Muchas veces nos encontramos con personas que tienen problemas con la religión, en realidad podrían ser más concisas especificando que en realidad rechazan a una religión en especial, la cristiana, es más, la católica. Porque tal vez, en el caso que se tratase de la religión budista, judía, musulmana, o ni hablar de las creencias y ritos de alguna cultura lejana, exótica o aborígen, ya no tendrían tantos reparos, objeciones ni prejuicios.

La palabra religión proviene del latín religare, es decir, „volver a ligar”. Religar lo terreno con lo celestial,” tierra y cielo”, lo mortal con lo inmortal, lo intrascendente con lo trascendente, al hombre con Dios. Volver a ligar, volver a unir lo que en un principio estaba junto. Recuperar un estado original que en la religión judeo-cristiana lo ilustra la imagen del Paraíso.

Así, la religión, como todas las religiones, tendrían un mismo propósito, que sería acercar a Dios al hombre y llevar al hombre de vuelta a Dios para finalmente permanecer con Él. La base, entonces, de todas las religiones no puede ser más que la espiritualidad. Porque solamente la disposición del espíritu del hombre hacia aquel que reconoce y acepta como su Dios, y la disponibilidad del Espíritu infinitamente sabio y amoroso de Dios, son los que podrán hacer posible la re-conexión, y por ende la re-uniión.

La religión vendría a ser un „compendio” de misterios, creencias, dogmas, indispensables para este ansiado re-ligamento. Los ritos de una determinada religión serían los métodos que ayudan a lograrlo con la ayuda de ciertas „herramientas”, instrumentos sagrados que, abarcando textos, movimientos, cantos, objetos, colores, vestimentas, etc, arman una „liturgia” que trata de hacer visible a los ojos humanos los misterios ocultos e invisibles de la religión. Esta liturgia la expresamos y percibimos con los sentidos (vista, oído, voz, etc.) pero los misterios que encubren sólo lo podemos „ver” e incorporarlos a nosotros con el espíritu a través de la fe.

Los ritos religiosos entonces, tienen como motivo y objetivo practicar y vivir el „ religare”, la re-uniión (el re-encuentro) y estos ritos, en todas las religiones siguen básicamente el mismo esquema: reconocimiento de la Deidad, reconocimiento de la propia pequeñez humana

(arrepentimiento de los errores cometidos contra Dios o el prójimo), inmediatamente y como consecuencia del alivio y del perdón obtenido por los errores cometidos la Glorificación, las enseñanzas y aclaraciones de la fe, de los „exigencias”, deseos, órdenes de Dios. Los ruegos de los fieles, las ofrendas del hombre a su Dios para ganar su atención, aplacar su ira, mostrarle amor y fidelidad y para lograr, merecer el suyo. En el centro de los ritos y como culminación, la esperada aparición, la presencia „viva” de Dios entre los hombres, entre sus fieles, finalmente la comunión con Él, el agradecimiento y alabanza. En la religión católica, previamente a su transformación, la unificación se realiza mediante la consagración, luego la entrega y consumición de la Hostia, en la que los fieles reconocen a través de la fe, aunque invisible y misteriosa, la presencia viva de Dios.

Cualquier rito, en cualquier cultura y a través de los tiempos, sigue más o menos el mismo libreto, a veces en versiones más cortas, simples o más 'Light', otras veces pueden llegar a ser más extremas, incluso violentas (embriaguez, consumo de alucinógenos, orgías, sacrificios de animales e incluso humanos).

Las religiones de raíz judeo-cristiana, a su Dios lo reconocen como al Padre omnipotente, omnipresente y creador. La unificación, el religare es por consiguiente la re-unión del Padre con su criatura (o sea sus hijos, que somos nosotros) La Biblia está llena de connotaciones y parábolas aclarando esta comparación y relación Padre-hijo, desde Abraham pasando por la parábola del Hijo pródigo, hasta la imagen del Hijo amado de Dios en la Cruz. Pero el Jesús en el que cree la mencionada señora, es el Hijo de Dios por excelencia y en el contexto teológico Él es el Hijo Único, porque en su calidad de segunda persona de la Santísima Trinidad Él mismo es Dios. En la Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son, siempre fueron y eternamente serán uno, y nunca separados. Jesucristo, la segunda persona, es el Dios visible. La Santísima Trinidad sería uno de los misterios que, junto a la Cristología y a la concepción de Jesús por María virgen, (según la fe cristiana y bien aclarado por San Agustín) es imposible que puedan „entrar” en nuestra mente, ya que la inteligencia humana no lo puede aprehender, como tampoco puede abarcar ni entender el infinito (tiempo y espacio) que sería el „reino” exclusivo del Dios, quien, justamente por ser infinito, es único, perfecto, omnipresente y omnipotente. La Cristología, por otro lado, es la que trata -en lo posible- de explicar el otro misterio, a saber, que Jesús es en todo hombre (un ser humano igual a cualquiera de nosotros) y, a la vez, en todo es el propio Dios, o sea, los dos a la vez. Dios y hombre „nacido pero no creado”

Como en el caso de la señora que hizo el comentario, y en general de todos los que sienten sed de espiritualidad, ellos receptan que Jesús no sólo fue, sino que es un ser „vivo”, alguien que atrae, y al que si le agarras la mano que te tiende, (para el re-ligare) ya no te la suelta más.

Muchos quieren desprenderse de la „gran” religión cristiana y, sacando un poco de aquí otro poco de allá, arman su propia religión privada, en este caso cimentada en la fe sincera, profunda y firme en Jesucristo-Dios. Porque a pesar de todas las dudas y rechazos, a través de la historia y pasando por las diferentes culturas, es a través del Hijo donde se puede, si no explicar, pero sí vislumbrar este „religare”. Bastaría leer un pequeño párrafo de los Evangelios, cuando sus discípulos le piden que les muestre al Padre para poder creer (sin dudar) y Jesús, el hombre visible y palpable que tienen delante, les responde: „El que me ve a mí, ve al Padre” (Juan 14/9). En definitiva, siguiendo a Jesús, todos hacemos religión, estamos „religando”.

La religión está más allá de ser una mera institución, es la manifestación, el testimonio y la vivencia de la fe.